



José Mármol

Himno a Dios

I

Ser que habitas el sol y la tierra,
que consientes la hormiga y el hombre,
yo conozco tu gloria y tu nombre
y yo tiemblo a tu nombre no más.

Bendición a tu labio he pedido
entre el caos de los hombres, incierto,
lo he pedido también del desierto
y hoy la pido en las olas del mar.

II

No es, Señor, el poeta quien habla
con el fuego febril de la mente,
es el hombre quien baja la frente
abrumado de intenso dolor.

¡Ah! sin crimen ni culpa en el alma
tengo patria y me arrojan de ella,
soy amante y me falta mi bella,
tengo hermana y no escucho su voz.

III

Con el frío del llanto se ha helado
mi esperanza recién en retoño,
y no dejan los vientos de otoño
una palma ni un mirto en mi sien.

¿Es verdad que padezco, Dios mío,
o el delirio del alma me engaña?
¿Es que el mundo me asesta su saña,
o es que al mundo no miro cual es?

IV

A ti solo mi espíritu vuela,
de ti solo mi vida se escuda.
Ah, disipa de mi alma la duda
cual las nubes el rayo del sol.

El que sabe adorarte te escucha...
Tu voz suele llegar a mi oído
cual el vago armonioso sonido
de una lira que lejos vibró.

V

Allá estás en la flor del desierto,
ahí te miro alumbrar las estrellas,
ahí están tus espléndidas huellas
en el último rayo de luz.

Aquí están los oceanos que rugen,
convulsivo de cólera el seno,
ahí está el estampido del trueno,
y esa mar y ese trueno eres tú.

VI

Ahí están los colores del iris

aquietando las ondas y el rayo,
aquí está de mi pecho en desmayo
esperanza alentada por ti.

¡La esperanza! magnífica perla
que persiste en el fondo del arca
y al volver la paloma al patriarca
por herencia la dio al porvenir.

VII

Vedme solo, señor, en los mares
más juguete infeliz del destino
que en las ondas el trémulo pino
donde pulso mi triste laúd.

Cinco lustros apenas de vida
y mi sol se eclipsó lentamente...
Sólo queda en mi pálida frente
un crepúsculo incierto de luz.

VIII

De mi vida en el negro horizonte
si una trémula estrella diviso,
mi alma tiembla y camino indeciso
cual la virgen que marcha al altar,
y si siento que alumbra la estrella
con sus trémulos rayos mi frente,
dudo aún, cual la esposa que siente
de otro ser la primera señal.

IX

¿Está en mi alma, Señor, la desgracia,
o hay un ser que me oprime inhumano?
A la flor la marchita mi mano,
o no hay flores, Señor, para mí.

A ti solo mi espíritu vuela,
de ti solo mi vida se escuda,
¡ah! disipa mi Dios esta duda
cual al humo la brisa sutil.

X

Sea el orbe, dijiste, y al punto
quedó en mundos espléndido el cielo.
¡Ah! ¡¡Una chispa de amor y consuelo,
una luz de ventura, mi Dios!!

Y si tumba extranjera me aguarda
solitaria sin flores ni llanto,
a lo menos no muera mi canto
cuando expire en el labio la voz.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo